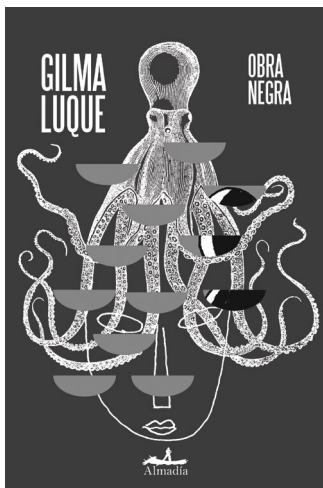


# Atriles



## OBRA NEGRA, DE GILMA LUQUE

Adriana Velderrain Carreón

Gilma Luque, *Obra negra*, México, Almadia-UAS, 2017.

Cada noche sueño que mamá muere.

Tengo que tomar una decisión: cuidar a mi madre o abandonarla otra vez, abandonar la idea de ser su cuerpo, de ser ella. Una u otra, no hay una tercera opción.

GILMA LUQUE

Es una verdad reconocida que dos de los aspectos que más se desaprueban en la literatura hecha por mujeres son la escritura en primera persona y el relato de lo doméstico, lo íntimo. Estos aspectos, justamente, me parecen de los mayores aciertos en la literatura (a secas, sin etiquetas), ya que dotan de universalidad y humanidad a la vida que

se intenta describir o significar en las letras. Ambos, por cierto, están presentes en *Obra negra*, de Gilma Luque.

La editora española Sol Salama afirma que «Las mujeres, oprimidas históricamente, estamos encasilladas en la escritura en primera persona. ¿Qué hacer para reventar esta etiqueta, para que deje de ser minusvalorada? Esta escritura es necesaria, pero queremos que nos dejen de preguntar qué es cierto y qué no es cierto». Lo recién mencionado calza justo en esta obra: no importa si es novela, autoficción o los recuerdos sublimados de la autora, el texto es poderoso y cualquier lectora y lector se puede identificar con esa voz que recuerda, que sueña, que llora y que intenta escapar de lo rutinario e inevitable.

La narradora, de quien no sabemos su nombre, solo su inicial, G (puede llamarse Gabriela, Gloria o Gilma como la autora, esto no importa ni equivale a un rasgo autobiográfico, necesariamente) es una mujer que relata su infancia y juventud a través de una espera y una posterior huida de su casa, cuya construcción, curiosamente, no parece terminar. Es notoria la recurrencia de estas tres situaciones en la narración: la espera (que terminen de construir el tercer piso de su casa, que la abandonen sus papás en cualquier momento, que llegue su gran amor); la huida (de sus miedos, de su familia,

del cuerpo consumido de su madre, de «lo que se ama, pero ya no está vivo») y las casas en eterna reconstrucción (la de G, la del tío Eloy, la de sus amiguitos Adriana e Israel, el «palacete» de Coni, la hermana de Angélica y la mayoría de las casas de la Unidad Santa Fe).

Este miedo al abandono es un temor constante que surge cuando de muy pequeñita le hacen aprenderse su dirección y teléfono —precisamente para que, si se pierde, alguien pueda ayudarla a regresar— y va creciendo desde que le confirman a Verónica, su mamá, los síntomas de una terrible enfermedad que poco a poco irá transformándola en una «no-persona», una anomalía que no solo afecta a la madre, sino que desgasta a la familia al prolongarse durante décadas sin esperanza alguna.

Con un discurso entre el diario personal y la crónica del dolor, la narradora se traslada a distintos momentos de su vida con el padecimiento materno como hilo conector. En ellos rememora el temor de perderla, el no saber cómo actuar ante una dolencia desconocida que cada vez se menciona con distinto nombre, como subrayando la incertidumbre que los inunda. Al principio todos actúan como si nada hubiera cambiado, la familia continúa con sus sueños de buscar la casa ideal; su hermano vive siempre en otro mundo, conectado a sus audífonos; sus padres continúan enamorados y cómplices, con sus hábitos apenas cambiando,

propiciados por la paulatina inmovilidad de ella. Los abuelos tampoco parecen darle mucha importancia a la enfermedad de Verónica: Juan es un machista violento que la regaña cuando ella no puede sostenerse: «Camina bien —le ordena a mamá—. Ve sola y deja de hacerte la tonta»; Tony es una abuela cariñosa, pero le teme demasiado a su marido, así que calla y nunca lo contradice; Demetrio, el abuelo paterno, es tranquilo y bromista, mientras que Marta, extrañamente, siempre está aludiendo a la muerte.

La acción transcurre en un ir y venir entre momentos del pasado que sirven para pintar de cuerpo entero a familiares y amigos de G, desde que está a punto de entrar al kínder hasta que cumple 17 años y huye por primera vez con Angélica, su mejor amiga desde que tiene memoria, a una ciudad sin nombre, pero llena de indicios y referentes a través de los cuales podemos reconocer a la cervantina Guanajuato. Es ahí donde ella olvida a su primer amor y conoce a Félix, con quien emprenderá otra huida, esta vez al extranjero. Distancias inútiles ante la necesidad de verla, de estar con «mi madre, que se ha convertido en un animal inmóvil, varado en su cama con los ojos tristes».

Lo trágico del dolor continuo es que pierde su impacto, se vuelve habitual y fastidioso. Irónicamente, es ella quien decide irse a explorar otra vida, después de tener una infancia marcada por el temor de ser abandonada, y en esas ausencias la narradora se siente a salvo, ¿de qué?, se pregunta, ¿del pasado?, tal vez. Sin embargo, la culpa la obliga a regresar para nuevamente cuidar a su madre, para acompañarla: «Viví el desencanto del invierno. No lo supe soportar y la distancia seguía siendo una ilusión. Jamás pude estar lejos de lo que sucedía en México, del deterioro y la fragilidad de mi madre. Lo otro, el resto, era parte de la fantasía, aunque fuera verdad, aunque me sucediera, aunque la geografía no mintiera y entre esa cama en la que mi madre moría y yo hubiera miles de kilómetros»

Todo gravita alrededor de la enfermedad de Verónica. G parece a veces ser un nulo testigo del quebranto de su madre, sin poder hacer nada, solo esperar y esperar durante demasiado tiempo: «Quizá mi verdadero destino sea mirar cómo se descompone», «mamá es una muñeca con la que no me gusta jugar», «mamá es un animal que los búhos devoran, cada vez es más pequeña», «mamá duerme en un

sueño que parece eterno», «solo estoy ahí esperando que mamá despierte, esperando a que mi madre muera». La felicidad puede ser terrible, piensa G, el terror reside en la posibilidad de perder lo que se ama.

Estamos frente a personajes bien contruidos que pueden recordarnos plenamente a nuestra familia y vecinos. Al igual que los sueños, están presentes las costumbres y estilos de vida que muchos mexicanos de clase media conocen muy bien. En pocas palabras, esta es una historia en la que cualquiera puede verse reflejado. Es la voz de una mujer que convierte sus vivencias en nociones universales que merecen ser relatadas, tal como lo hace Vivian Gornick, Lucia Berlin, Natalia Ginzburg o Delphine de Vigan, por mencionar solo algunas.

Este tipo de escritura, confesional, íntima y doméstica, no solo retrata al mundo, sino que lo configura, como sostiene Luz Aurora Pimentel, «nuestra vida está tejida de relatos: a diario narramos y nos narramos el mundo»: nuestra vida, la vida de los otros, la vida en general, lo que nos regresa a lo ya cuestionado, ¿puede haber algo más universal, humano y, por ende, más literario?